

Carta del Hermano Mayor



Cuando una nueva Cuaresma llega, es el preludio de la Semana Santa. Para los cristianos en general y para nosotros los cofrades en particular la Cuaresma significa, periodo de preparación, para lo más importante que esta por llegar; la gran fiesta de la Pascua, que esta nueva Cuaresma que comienza sea el periodo de reflexión que nos sirva para reencontrarnos con nuestra fe, para que se olviden las rencillas que pudieran existir, para que se aleje de nuestro corazón cualquier rencor, odio, envidia, recelo hacía cualquier hermano y que juntos avancemos en el camino de ser ejemplo de Cristo.

Los tiempos que estamos viviendo pueden parecer poco proclives a idealismos y más, si cabe, con fundamentos religiosos, pero es tiempo de valientes, de personas comprometidas con nuestras creencias y sobre todo con nuestra fe. No voy a decir que los cristianos

seamos unos proscritos pero desde luego, por una parte de la sociedad, no somos bien vistos, ¿acaso con nuestras creencias hacemos mal a alguien? mas bien diría lo contrario, el ser cristiano imprime una serie de valores que no es necesario enumerar pero de todos conocidos, hay una connotación muy importante, el cristiano defiende la familia como símbolo de unión, con lo que ello conlleva en nuestra sociedad, cargada de materialismo e intereses, en lo que lo material prima sobre lo espiritual, desde luego no me voy a equivocar si opino que nuestras creencias y nuestra fe van unida a nuestra familia. Ni podemos ni debemos olvidar que somos parte de la Iglesia, más me atrevería a decir somos Iglesia.

El próximo año 2011, celebraremos nuestra XXV salida penitencial, un proyecto que comenzaron un grupo de jóvenes allá por 1.985 con la fundación de nuestra cofradía, para conmemorar este XXV aniversario hemos preparado una serie de actos de los cuales se os ira dando puntual información a través bien de nuestra revista como de nuestra pagina web en los que me gustaría que todos participaseis. Sintámonos todos orgullosos de haber hecho del proyecto de unos cuantos jóvenes una gran cofradía, quiero que estas breves líneas sirvan de homenaje a cuantos han trabajado por esta cofradía desde los fundadores hasta el último cofrade que se ha incorporado.

No puedo olvidar de todo el esfuerzo y sacrificio de todos los que durante todo el año trabajan desinteresadamente y quiero que estas líneas sirvan de agradecimiento a todos y cada uno de los hermanos de esta cofradía, cualquiera que sea su cometido y en especial a la Junta de Gobierno, sin el trabajo y dedicación de todos habría sido un mero proyecto de realización.

Sirva también esta carta de recuerdo a los cofrades que nos dejaron y nos están viendo al lado del Padre, protegiéndonos y guiándonos por la senda del bien.

Me despido de vosotros deseándoos una feliz Pascua de Resurrección, que nuestros titulares nos ayuden en nuestro devenir diario y que la noche de nuestro desfile procesional os sea inolvidable y nos sirva para encontraros con vuestra fe.

Vuestro Hermano Mayor



El Poeta ante la Cruz



En el firmamento de la Semana Santa española, la religiosidad popular ha puesto en escena determinados actos que por su singularidad resultan de feliz rúbrica y contenido. Bien, rescatados de la indiferencia y el olvido, bien, inéditos y originales, lo cierto y verdad es que todos y cada uno de ellos son atrayentes y descollantes. Entre los últimos citados destaca ‘El Poeta ante la Cruz’, una emotiva oración, mitad piadosa, mitad poética, que organiza y tutela desde hace más de veinticinco años la Real Cofradía de Cristo Yacente de la Misericordia y de la Agonía Redentora de Salamanca.

Hoy se me requiere para que ponga por escrito las sensaciones que reconoce un hombre que hace versos, como es mi caso, cuando se encuentra ante el instrumento del suplicio del Calvario. Y, en primer término, como soy creyente, sinceramente manifiesto que ante la Cruz, que es pilar de fe y asidero

de convicciones, en mi fuero interno, razón y corazón ahuyentan sus pugnas, destierran sus disensiones, y, apoyándose en deseos y esperanzas, encaminan mi andadura hacia el horizonte que conduce hacia la serenidad y el consuelo. Supongo que esta experiencia es común para cuantos consideran a la Cruz el símbolo de la Redención.

Aún así, nadie ignora que todo tiempo hodierno es dubitativo. Y esa percepción que conlleva indecisiones, confusiones y perplejidades, alienta en el espíritu humano una íntima congoja que concluye en agónica y preocupante turbación interior. Yo mismo me he encontrado en esta situación, donde miedo y angustia adquieren caracteres apocalípticos, y, naturalmente, he buscado el amparo de la cruz, humilde y metálica, regalo de mi esposa, que llevo siempre al pecho. Y la verdad es que, llegado el caso, he rezado a mi manera. Y lejos de encadenar oraciones sabidas y consabidas, lo he hecho sirviéndome de un endecasílabo y un heptasílabo, ambos de Dámaso Alonso. Son éstos: ‘Dime, Dios mío, que tu amor refulge/detrás de la ceniza’.

Animosa a veces, apesurada otras, la poesía camina entre el sosiego y la búsqueda, la angustia y el hallazgo. En virtud de ello, se ha repetido hasta la saciedad que si todo poema es una confesión, el verso es la superficie que muestra y descubre el alma de su hacedor. Estamos de acuerdo. Consecuentemente, el poeta, como corresponde a su oficio, a través de experiencias directas y personales o por caminos convergentes y conocidos, es notario fidedigno de la realidad en la que vive, y, por ende, intérprete y traductor de devociones y sentimientos, de creencias y certitudes.

Como todo el mundo sabe, la Biblia es un hontanar de poesía. Tanto en el Antiguo Testamento como en los textos neotestamentarios. Allí, el valor poético subyace con manifiesta insistencia, con expresiva asiduidad, y hasta esas fuentes claras y resonantes me acerco siempre con fervorosa aplicación con el propósito de interiorizar determinados textos. Y es que en muchas ocasiones, el poeta canta, medita y reflexiona para sus adentros.

No sé si a estas alturas he procurado respuesta convincente al requerimiento que se me ha hecho. De cualquiera manera, y a modo de confesión, dejaré en los siguientes renglones constancia de un hecho que casi me acaece cotidianamente.

Lámpara de la Eucaristía, Hito universal en el Camino Francés, cuna del románico hispano, la Real Basílica Colegiata de San Isidoro de León goza, desde tiempo inmemorial, del augusto privilegio que supone la exposición perenne del Santísimo Sacramento, gracia singular de la que sólo disfrutaban en España la catedral de Lugo y esta iglesia Colegial de San Isidoro de León. Subrayemos al caso que amparado por la sombra de los venerables muros de la colegiata leonesa, un día de agosto de 1906, su abad solemne, D. Jenaro Campillo, sacó los demonios del cuerpo con la mandíbula de San Juan Bautista, que allí se venera, a D. Miguel de Unamuno, tal y como éste refiere en su obra ‘Visiones y andanzas españolas’.

En la Puerta del Cordero, situada en el costado de mediodía y acceso principal a la citada Basílica, hay una cruz, como quería León Felipe, sencilla, sin añadidos ni ornamentos, donde se ven los maderos desnudos y decididamente rectos. Bien, pues, cada vez que observo esa cruz adosada a la pared de piedra, recuerdo estas hermosas y aleccionadoras palabras exhumadas de la 2ª Carta de San Pablo a los Filipenses: ‘y así, [Cristo], actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz’. En consecuencia, sepa quien leyere que esta enunciación paulina opera en mi corazón funciones reparadoras que me revelan devociones espirituales muy arraigadas.



Alguien podrá aducirme que ésta no es ni más ni menos que una preferencia personal. Y en mi descargo yo diré que la cuestión es subjetiva. Pero, desde luego, lo que nadie podrá negarme es la rotundidad de estos versículos, su luminiscencia contundente y explícita. Y es que su imaginería lírica deviene en belleza intensa y pregonera, emocional y literaria, y exenta

como está de juegos verbales, de artificios innecesarios y de retóricas vanas, contribuye eficazmente a la comprensión popular.

Ante el sagrado madero, la poesía, con su carga de emotividad, se transforma perfectamente en oración, plegaria, súplica y ruego. Y, también, en recuerdo agradecido y lluvia consoladora. Y es que, al menos para mí, la Cruz no es sólo el icono geométrico que representa la relación entre Dios y el género humano, sino también el faro resplandeciente que hizo posible un mundo nuevo, henchido de fraternidad, de amor y de justicia.

Hasta aquí, algunas reflexiones personales de un poeta ante la Cruz. La vida es un eterno presente que desemboca en un constante porvenir. 'Ecce lignum Crucis, in quo salus mundi péndit', esto es, 'He aquí el leño de la Cruz, del cual estuvo colgada la salvación del mundo'. La cita es antífona litúrgica que atesora una carga poética incuestionable. Se recita el día de Viernes Santo. Y, sin ninguna duda, es un recuerdo perenne de la obra redentora de Cristo.

Dicho cuanto antecede, esta confesión, como diría el clásico, a letra descubierta, alcanza término y destino. Creo y espero haber saldado el compromiso adquirido. En cualquier caso, lector, si no fuere así, perdona mis omisiones y recibe mis disculpas.

MÁXIMO CAYÓN DIÉGUEZ
LEÓN, SEMANA SANTA, 2010

